

destinados á aprender el estado de su padre; así es que no tenían necesidad de estudiar ni griego ni latín.

Pero entre ellos había dos, cuyo padre, antiguo obrero mecánico, destinaba al uno á la escuela política, al otro á la escuela de artes y oficios.

Debían entrar en un colegio cuando cumpliesen los doce años. Uno tenía nueve y otro diez. Justino, que conoció sus buenas disposiciones, secundaba estos bellos gérmenes y les comunicaba, pobre Prometeo, un poco de ese fuego sagrado que el anciano profesor había encendido en él.

Exceptuando estos dos niños, que le recordaban algo sus estudios, los demás muchachos no querían aprender, y sus padres no pretendían que se les enseñase más que los sencillos elementos enunciados en el programa.

Resultaba de aquí que la madre y la hermana podían auxiliar al joven y suplirle en caso necesario.

Cuando la hermana se sentía mejor, bajaba á la habitación de Justino que, como hemos dicho, servía de escuela; y en tanto que el hijo iba á hacer compañía á su madre durante algunos instantes, ella les hacía leer á los niños y les enseñaba á contar hasta ciento, señalando los guarismos en la pizarra.

Todos los días recibía la madre en su alcoba á la tercera parte de la clase, es decir, seis niños, que se arrodillaban alrededor de la silla de paja en que estaba sentada, les enseñaba á decir su oración y les refería algún interesante episodio del Antiguo Testamento.

Era un conjunto encantador el que formaban estas seis angelicales criaturas balbuceando una plegaria.

Así arrodillados, se hubiera dicho que ponían en común su inocencia para pedir á Dios que volviese la vista á la pobre enferma.

Tal fué hasta el mes de Junio del año de 1821, la vida retirada y triste que pasó esta pobre familia.

Exceptuando al buen profesor que venía frecuentemente á pasar algunas horas con ellos, nada turbó el curso de esta existencia pacífica y monótona.

Algunas veces en estío daban un paseo; y en este caso se dirigían á Montrouge.

¡ Ah! se había dicho adiós á los bosques de Versailles, de Meudón y de Montmorency, por lo escabroso del terreno. La madre y la hermana, en su respectivo estado, no podían dar estos largos paseos.

Se dirigían, pues, á Montrouge, y generalmente se detenían á la mitad del camino; se sentaban y durante una hora ó dos les daba el sol luz y calor para todo el día.

En invierno se aproximaban á un brasero de barro, en el cual se ponían dos carbones para toda la velada, que se terminaba á las nueve.

Había una chimenea inmensa; mas, ¿para qué servía?

Si Mr. Muller llegaba á las nueve, se proponía añadir un carbón al fuego; pero el buen profesor rehusaba bajo pretexto de que venía sudando; y desde este momento se estrechaban los unos contra los otros alrededor del miserable brasero.

Entonces el buen hombre para hacer olvidar la ausencia del fuego, trataba de contar alguna historia divertida, como hacía la viuda de Scarrón para hacer olvidar la ausencia del asado; y su alegría reanimaba á sus oyentes como un rayo bienhechor.

La alegría es el sol que brilla de tiempo en tiempo sobre el invierno de la pobreza.

Durante estos dos últimos años sobre todo, es cuando Justino apreció los beneficios de la música.

Cuando daban las nueve y se había asegurado por la última vibración del reloj de la iglesia de Santiago de que aquella noche no vendría Mr. Muller, Justino abrazaba á su madre y á su hermana y bajaba á su habitación.

Llegado allí encendía una luz, abría sobre el pupitre un libro viejo de música, sacaba el violoncelo de su caja, le limpiaba cuidadosamente con el pañuelo, le miraba y le estrechaba entre sus brazos como á un amigo.

¿Y acaso no lo era? ¿No era la voz divina que exhalaba, formulándolas armoniosamente, todas las quejas íntimas del joven, mudas durante todo el día, y que no tenían más que estas dos horas para espaciarse?

¿No era el manantial bienhechor donde se apagaba la sed de su alma?

Este instrumento sonoro, al cual contaba sus penas y que las reproducía como un eco fiel, ¿no era acaso un espejo parlante, un reflejo de sí mismo?

No teniendo por toda familia más que una madre ciega y una hermana enferma, por único compañero más que su anciano maestro, por horizonte más que las desnudas paredes de su habitación, se había hecho de su violoncelo un amigo joven, una familia, una patria.

Respiraba así por la noche durante dos horas el aire vivificante que le había faltado todo el día.

Pero poco á poco su atmósfera, á pesar de las armoniosas vibraciones del instrumento querido, se hacía más pesada, comenzaba á faltarle aire y caía á su pesar en una melancolía profunda, de que se apercibió pronto Mr. Muller, que quiso sacarle de este estado.

— Tu envejecerás antes de tiempo, tú te marchitarás en tus mejores años; es preciso salir y ver, rozarse al menos con la vida ya que no quieres tratar á las gentes; ahora

que está próxima la estación de las vacaciones, será forzoso que hagamos una expedición juntos; disponte: el 15 de Agosto vendré á buscarte.

En efecto, el pobre maestro de escuela se marchitaba en su mejor edad; su mirada perdía su brillo, sus mejillas se hundían, su frente se llenaba de arrugas, su cutis se volvía amarillo como el pergamino que cubría sus libros viejos. Se hubiera creído que tenía treinta años cumplidos, y sin embargo, apenas llegaba á veintitrés; pero todo contribuía á envejecerle; las gentes con quienes vivía, la alcoba en que habitaba. Su rostro, su aspecto, su voz, en suma, toda su persona comunicaba á todos los objetos que le cercaban, su vejez y su pobreza.

Habría sucumbido inevitablemente, si un nuevo pesar no hubiera venido á socorrerle y á volverle homeopáticamente la vida. (La palabra *homeopáticamente* no estaba aún inventada; pero todo lo que debe ser inventado existe de antemano.)

¡Ah! sucede en el dolor como en ciertas enfermedades, las unas se curan por las otras.

Justino ganaba, según hemos dicho, mil ochocientos francos al año, y con esta suma puede estarse al abrigo de las más urgentes necesidades; ¿pero podía economizarse alguna cosa de tan miserable renta?

¿No llevaba ya la economía hasta la privación?

Es preciso ver y tratar á las gentes, decía el anciano profesor.

Esto era fácil de decir.

¿Pero era tan fácil de hacer, con este mismo traje raído, que llevaba hacia cuatro años en estío como en invierno?

Todo el ajuar de la casa necesitaba renovarse.

La hermana había hecho prodigios en toda la ropa blanca, y cada pieza era una obra maravillosa de mosaico. Se había convenido en no comprar nada antes de llegar á la última extremidad, y este momento era llegado; toda la ropa compuesta y zurcida les iba faltando; porque según decía el anciano profesor, sucedía con la ropa lo que con los amigos, citaba el verso tan conocido:

Donec eris felix multos numerabis amicos.

— Mientras no tengáis necesidad de ellos, decía, no os faltarán; pero si necesitáis acudir á su amistad no encontraréis uno.

Se sonrieron de la observación del buen maestro, pero tristemente.

Era preciso ponerse en busca de una nueva industria cualquiera que fuese, y sobre todo era forzoso apresurarse, porque iba á llegar el momento en que ni vestido tuviese para correr tras ella.

Esperar que viniese, era exponerse á aguardarla demasiado tiempo.

Justino llamó á todas las puertas.

La mayor parte de las puertas quedaron cerradas: algunas se abrieron para dejar pasar una negativa.

Se paseaba por la noche no atreviéndose ya á pasear de día.

Una noche pues que Justino se paseaba del lado de la barrera del Maine esperando á su antiguo maestro, con quien debía ir á casa de una dama, cuyo hijo solicitaba sus lecciones, oyó una disputa entre dos músicos en una taberna inmediata, de esas en que se celebran bailes de candil.

¿De qué procedía la disputa? ¿cuál era su origen? El

caso no pudo saberlo Justino, y seguía sin hacer alto en una cuestión sin interés para él, cuando estas palabras vinieron á herir sus oídos.

— Mr. Duriflé, decía el uno que era contrabajo, pero después de lo que acaba de pasar, que no pondré nunca los pies donde vos estéis, y la prueba es que salgo de aquí ahora mismo.

Y en efecto, el contrabajo salió con paso rápido, con el instrumento bajo el brazo y blandiendo su arco á manera de espada.

Era preciso que hubiese pasado algo grave entre el segundo violín y él.

— ¡Oh! exclamó Justino de repente, ¡oh! y se golpeó la frente.

Era una idea que le asaltaba.

Al mismo tiempo llegaba Mr. Muller por la extremidad de la calle.

Justino esperaba á su profesor sin dar un paso para adelantarse á él. Se hubiera dicho que tenía miedo de perder su idea, dejando el sitio en que se encontraba.

Refirióle lo que acababa de pasar.

— ¡Ah! ¡ah! dijo el anciano profesor, una plaza vacante; pero...

De repente le ocurrió también una idea, y era que esta plaza de contrabajo, por repugnante que fuese, tendría la ventaja de alterar la monotonía con que se deslizaba la vida del pobre joven.

Además, el producto sería un gran recurso para la desgraciada familia.

— Pero, añadió cambiando completamente el segundo miembro de su frase, pero ¿querrán dársela?

— Así lo espero, contestó modestamente Justino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1960. 1025 MONTERREY, MEXICO

— ¡ Ya lo creo ! dijo Muller ; ó de lo contrario serían bien difíciles de contentar.

— Pues en ese caso, voy á entrar á informarme.

— Yo entraré y me informaré con vos, dijo el buen profesor.

No hay necesidad de añadir que Justino aceptó su oferta con alegría. Se comprende fácilmente el efecto que produjo en semejante lugar la entrada del joven y del anciano, vestidos de negro.

Los que bailaban los mostraban con el dedo á sus parejas, prorrumpiendo en carcajadas.

Los dos amigos no se apercibieron de esta hilaridad, ó fingieron no apercibirse.

Dijeron á uno de los mozos que querían hablar con el dueño del establecimiento.

El tabernero, obeso como Sileno, más amoratado que el vino que servía á sus parroquianos, llegó presuroso, creyendo sin duda que se trataba de comprarle algo.

Los dos amigos le dirigieron tímidamente su petición.

¡ Y cuando se piensa que el corazón de un hombre inteligente, de un artista, de un hijo que sostenía á su madre y á su hermana, de un ciudadano útil y honrado, palpita fuertemente á la idea de una negativa !

— ¡ Ay ! es que todo es relativo en este mundo.

Esta plaza concedida significaba un pantalón y un frac negro para él, una bata para su madre, un vestido para su hermana.

¡ Oh ! reid, reid, los que no habéis temido nunca el frío y el hambre para los seres que os eran queridos, pero para mí que también he tenido una madre y un hijo que alimentar con cien francos al mes, reir es un sacrilegio !

Los dos amigos expusieron pues tímidamente su petición.

El tabernero contestó que no era cosa que le correspondía á él, sino al jefe de orquesta.

Ofreció sin embargo enterarle de los deseos del joven, lo cual fué aceptado, y al cabo de cinco minutos trajo esta respuesta satisfactoria, á saber : que Justino, con tal que llenase las condiciones de ciencia necesarias al importante empleo de contrabajo de la barrera, podía entrar á ocupar este puesto en el mismo momento, mediante la suma de tres francos por sesión.

Había baile tres veces á la semana : de modo que reunía al mes treinta y seis francos.

Esto era poco más ó menos lo que habían producido sus ochos primeros discípulos.

Así es que esta plaza era el Perú para él. (En 1824 se decía aún el Perú ; ahora se dice la California.) No dudó pues en aceptar, solicitando únicamente que se le diese tiempo para ir á buscar su violoncelo al arrabal de Santiago.

Pero se le respondió que no hacía falta, se había previsto la deserción del músico, y tenían preparado un contrabajo, que en todo caso podía tocar el segundo violín.

Justino se alegró en el fondo del alma de que su violoncelo, instrumento virgen, piadoso y solitario, escapase á la profanación de que había sido amenazado.

El joven dió las gracias á Mr. Muller y le indicó su deseo de que se alejase de allí ; pero el buen profesor declaró que asistiría al *début* de su discípulo, y que para animarle con su presencia, no dejaría el establecimiento hasta que hubiera concluido el baile.

Justino estrechó la mano de su anciano amigo, se hizo traer el contrabajo y fué á tomar su puesto en la orquesta, con gran asombro de los espectadores, que dispuestos á

silbarle á su entrada estaban ahora casi tentados á aplaudirle.

Era un cuadro digno de un pintor esta orquesta, si se permite dar un nombre tan pretencioso á la reunión de los ocho sordos que ejecutaban aires infernales, al sonido de los cuales bailaban las tres ó cuatrocientas personas que llenaban el bodegón; era, decimos, un cuadro digno de un pintor el conjunto que formaban aquellos ocho músicos, entre los que se encontraba confundido un hombre tan grave y tan serio como el pobre Justino.

Tenía el aspecto de un músico mártir, tocando con la cuerda al cuello para diversión de un pueblo de paganos.

Su figura, iluminada por los quinqués, aparecía en toda su expresión.

Justino estaba lejos de ser nermoso, ¡ pobre joven ! pero se podía advertir que el aire de sufrimiento que daba el tono á toda esta figura, era la causa real, ó más bien la sola causa que afeaba su rostro; que llegasen á reflejarse en su frente las alegrías más sencillas, que un puro sentimiento de dicha ó de placer brillase en sus ojos; que una sonrisa entreabriese sus labios, y ciertamente este rostro, á defecto de belleza, debía tener una dulzura evangélica y una gran distinción.

Asido con las dos manos de un contrabajo de dobles dimensiones que su violoncelo, con sus largos cabellos cayendo sobre su frente, con sus grandes ojos azules anegados en lágrimas, con ese aire de languidez que se revelaba en toda su persona, debía necesariamente inspirar á cualquiera que le hubiese visto en este instante un profundo interés, una poderosa simpatía.

Entonces hizo una seña al buen Mr. Muller.

Éste acudió.

Se trataba de avisar á la madre y á la hermana, que debían hallarse en una inquietud mortal; nunca Justino había estado fuera de su casa pasadas las diez de la noche.

El buen profesor comprendió la situación, corrió apresuradamente, y encontró á Mad. Corby, éste era el nombre de la madre de Justino, que tenemos el honor de pronunciar por la primera vez, y encontró á Mad. Corby y á su hija en oración.

— ¡ Bien ! dijo al entrar; vuestras oraciones son escuchadas, querida hija, santa mujer: Justino ha encontrado una plaza de treinta y seis francos al mes.

Las dos mujeres dieron simultáneamente un grito de alegría.

El profesor las refirió la aventura.

Con ese sentimiento de perfecta delicadeza que poseen en general las mujeres, Mad. Corby y su hija comprendieron la extensión del sacrificio que su hijo y su hermano hacían á las exigencias de la situación.

— ¡ Bueno y querido Justino ! murmuraron.

Y había en su voz un acento tan tierno, que era casi lastimero.

— ¡ Oh ! no os compadezcáis de él, dijo el profesor; ha triunfado. ¡ Estaba hermoso, magnífico ! Se parecía á Weber cuando era joven.

Dicho esto, como Mr. Muller no hubiera sabido decir más, dejó á las dos mujeres para volver al bodegón.

Solo abandonó la barrera con su querido discípulo á las dos de la mañana.

Al finalizar el mes, Justino había tocado doce veces, y había recibido treinta y seis francos.

Se pudo comprar con esta suma los objetos de primera necesidad.

Y ahora que hemos creído haber mostrado suficientemente á nuestros lectores todo lo que hay de bueno y honrado en el corazón de nuestro héroe, nos limitaremos á añadir algunas palabras para completar la pintura de su carácter.

Este carácter en todo su conjunto era fácil de definir con una sola palabra.

Esta palabra, que pronunciara Salvador para explicar á Juan Robert la melodía que ejecutaba Justino, era:

RESIGNACIÓN.

Añadamos, que si esta virtud, virtud un poco negativa, tomase alguna vez una figura humana para descender á la tierra, ciertamente que no escogería otra que la del resignado Justino.

Permitásenos un poco de análisis, puesto que no referimos una aventura, sino la historia de un corazón que sufre; escudriñemos en este corazón hasta en sus pliegues más ocultos. Veamos lo que va á ser de este carácter tan bien templado para la desgracia; veamos lo que va á ser ante una dicha inmensa ó un dolor infinito.

¿Resistirá este corazón?

Creednos, querido lector, este análisis es un estudio interesante aun para los más indiferentes.

Hé aquí un joven virgen en toda la acepción de la palabra; hasta aquí ha vivido como los pájaros del cielo, buscando de espacio en espacio, de llanura en llanura, el grano que traía á su nido. Hasta el día su único pensamiento, su solo cuidado, ha sido el de satisfacer las necesidades materiales de la vida; á precio de sus veladas y de sus sudores, á costa de su sangre, ha llegado á dar á su familia infortunada, siempre la existencia, alguna vez hasta una especie de bienestar.

¿Y para él qué ha hecho?

¡Nada!

Solo en el mundo, si no hubiera tenido ni madre ni hermana, habría encontrado medio de continuar sus estudios; de hacerse recibir bachiller, licenciado, ¿quién sabe! doctor quizá; y ahora, en vez de alguna cátedra de facultad donde llegase por su trabajo á un rango á que le llamaba esta persistencia, que es uno de los caracteres distintivos de su naturaleza apasionada, héle aquí escondido en una especie de casamata, donde el deber le ha clavado, donde la piedad filial le sujeta.

¡Oh! no seremos nosotros que hemos amado tanto á nuestra madre, y que éramos amados tan tiernamente de ella; no seremos nosotros ciertamente los que nos quejemos nunca de la familia.

Pero cuando la familia que por consecuencia de una gran desgracia debía recibir socorros de la sociedad, abandonada por ella á la miseria, semejante á una máquina neumática, absorba el aire de uno de sus miembros, si no nos quejamos en alta voz, podrá permitírse nos al menos que gimamos en voz baja.

Era pues de su familia de quien provenía la desgracia de Justino; y sin embargo, corazón generoso, nada le habría causado tan profunda desesperación como la idea de que esta familia pudiese desaparecer.

Y sin embargo, ¿cómo podía salir de su situación?

Justino no quería salir de ella; quería continuar viviendo mañana como había vivido ayer; como había consagrado su adolescencia, consagraba su juventud, consagraria su edad madura, consagraria su vida.

Pero llegaba á la edad en que podía casarse.

Una mujer le traería en medio de este desierto, en lu-

gar de esta aridez, todas las gracias, todas las alegrías, todos los goces de la juventud.

Pero, ¿dónde encontrar esta mujer bendita, esta Raquel adorada?

¿Qué mundo frecuentaba?

¿Bastaba ponerse en la ventana para ver en lontananza esta tierra prometida de los jóvenes, que se llama la mujer?

Y además, ¿se atrevería á casarse el honrado y pundo-noroso Justino?

¿No le decía su conciencia que el matrimonio es un contrato que liga y enlaza las almas, así como las manos?

¿Le pertenecía acaso su alma?

¿No había consagrado el trabajo de sus manos?

¿Era libre de traer una extranjera al hogar materno? La ternura que hubiera prodigado á su esposa, ¿no se la arrebataría á su madre y á su hermana? Esto en cuanto al alma.

¿No absorbería la mujer, en las exigencias de su juventud, de su coquetería, una porción de su miserable salario? Esto en cuanto al trabajo de sus manos.

No; el matrimonio no era un medio de remediar este profundo infortunio.

¿Era pues forzoso hacer eternamente abnegación de sí mismo?

Esto es lo que hacía Justino.

¿Morir de fatiga quizá?

Esto es lo que está dispuesto á nacer.

¿Ó esperararlo todo de la bondad de Dios?

¡Ah! ¿Dios no había hasta allí favorecido á la pobre familia, y sin cometer un sacrilegio, era permitido dudar de su bondad!

Fué sin embargo la mano de Dios quien sacó á Justino de este abismo.

Una noche del mes de Junio, después de uno de esos días de sol en que todo es fiesta en la naturaleza, Justino volvía con su anciano maestro de una excursión en la llanura de Montrouge; el joven distinguió acostada entre los trigos, las amapolas y los acianos, una niña de nueve á diez años, que parecía dormir profundamente.

Dios le enviaba uno de sus ángeles, bajo la forma de esta niña, en recompensa de su sublime virtud.

CAPÍTULO IV.

EL ÁNGEL DE LA ALEGRÍA

La niña que veían, y delante de la cual se detuvieron mirando inútilmente en torno suyo para encontrarla un padre ó una madre, vestía un traje blanco ceñido al talle con una cinta azul.

Era blanca y rosada, y así recostada en medio de las espigas ya doradas, y de las florecillas que se levantaban en derredor suyo como para protegerla, tenía el aire de una santa en su nicho, ó de una paloma en su nido.

Sus piececillos, calzados de borceguíes azules, pendían al borde del camino, con un abandono que denotaba en la pobre niña su profundo cansancio.

Se la hubiera creído la hada de la cosecha reposando de las fatigas del día durante la dulce veleda de la luna, que al recorrer su ruta celeste le miraba con amor.

Su respiración, aunque un poco oprimida, era dulce como la más dulce brisa del Oriente, y bajo este soplo puro se balanceaba coquetamente el movable penacho de los trigos.

Los dos amigos hubieran pasado la noche en mirar dormir esta adorable niña, tanto era el arrobamiento que les causaba; pero salieron pronto de su contemplación, al considerar los peligros que corría en su aislamiento esta encantadora criatura.

¿Quién sería su madre? ¿a quien buscaban en vano con la vista. ¿Y cómo podía haber dejado acostada en medio del campo, de noche y expuesta á los vientos y á la humedad, este cuerpo tan frágil y delicado?

La pobre criatura debía estar allí hacia tiempo, su sueño lo atestiguaba; además, los dos amigos, que tenían la costumbre de detenerse en medio de su camino siempre que un punto de discusión les parecía difícil de esclarecer, se habían parado á algunos pasos de allí y habían discutido un cuarto de hora próximamente sobre este punto, que merecía en efecto ser esclarecido, y que sin embargo quedara en la obscuridad.

Los dos amigos no habían visto ni oído a nadie durante este cuarto de hora.

¿Pero dónde estaba la madre de aquella niña?

Acaso sus padres, fatigados de un largo paseo, porque los borceguies de la niña estaban cubiertos de polvo, acaso descansaban cerca de allí.

Justino y Mr. Muller habían ya mirado en torno suyo inútilmente; pero estaban tan convencidos de que la madre de la niña no podía estar más lejos de allí que un pajarillo puede estarlo de su nido, que seguían mirando aún.

¡Nada!

Entonces entraron en el sembrado, caminando sobre la punta de los pies y dulcemente, por temor de despertar á la niña.

Exploraron la llanura en toda su extensión; en toda su anchura.

¡Nada!

Volvieron á sentarse delante de ella, y esperaron una hora.

¡Nada!

Por último, se decidieron á despertar á la abandonada criatura.

Al despertar abrió sus rasgados ojos azules, fijos y sorprendidos.

Miró á los dos hombres sin espanto, casi sin asombro.

— ¿Qué hacéis aquí, hija mía? preguntó Mr. Muller.

— Estoy descansando, respondió.

— ¿Cómo que descansas? exclamaron á la vez los dos hombres.

— Sí, estaba muy fatigada, no podía andar más; me eché aquí, y me he dormido.

Así, el primer grito de esta niña al verse delante de gentes extrañas no había sido llamar á su madre.

— ¿Decís que estáis muy fatigada? repitió Mr. Muller.

— ¡Oh, sí! dijo la niña sacudiendo su cabeza para separar de la frente los bucles de rubia cabellera.

— ¿Habéis andado mucho? preguntó el maestro de escuela.

— ¡Oh, sí! mucho, contestó la niña.

— ¿Dónde están vuestros padres? dijo el anciano profesor.

— ¿Mis padres? exclamó la niña sentándose y mirán-

doles con aire sorprendido, como si la hubiesen hablado de cosas de un mundo desconocido.

— Sí, vuestros padres, repitió Justino con dulzura.

— Pero yo no tengo padres, dijo sencillamente la niña con el mismo tono que hubiera exclamado :

— ¡ Yo no sé de qué queréis hablarme !

Los dos amigos se miraron con asombro : después la contemplaron llenos de compasión.

— ¿ Cómo que no tenéis padres ? insistió el anciano profesor.

— No, señor.

— ¿ Dónde está vuestro padre ?

— No le tengo.

— ¿ Y vuestra madre ?

— Tampoco la tengo.

— ¿ Quién os ha educado ?

— Mi nodriza.

— ¿ Dónde está ?

— En su tierra.

Y al pronunciar estas últimas palabras, la pobre niña rompió en llanto, pero sin exhalar un solo grito.

Los dos amigos, enternecidos, se volvieron cada cual de espaldas, para ocultarse el uno al otro que lloraban.

La niña permanecía en su sitio, y parecía esperar que la hiciesen nuevas preguntas.

— ¿ Cómo os halláis aquí tan sola ? preguntó Mr. Muller después de una pausa de un momento.

La niña enjugó entonces sus ojos con sus lindas manecitas, replegó su labio inferior levantado para recibir como el cáliz de una flor el rocío de sus lágrimas, y después contestó con voz temblorosa :

— Vengo de mi país.

— ¿ De qué país ?

— De la Bouille.

— ¿ Cerca de Rouen ? preguntó Justino con alegría, por ser el compatriota de tan hermosa criatura.

— Sí, señor, contestó ésta.

En efecto, era una hija de Normandía, de blanca tez, de frescas y rosadas mejillas.

— Mas decidnos, ¿ quién os ha traído aquí ? preguntó el anciano Muller.

— He venido sola.

— ¿ Á pie ?

— No, en carruaje hasta París.

— Cómo ¿ hasta París ?

— Sí, y á pie desde París hasta aquí.

— ¿ Y adónde vais ?

— Voy á un arrabal de la ciudad que se llama arrabal de Santiago.

— ¿ Y qué vais á hacer allí ?

— Voy á llevar al hermano de mi nodriza una carta del cura del lugar.

— ¿ Para que el hermano de vuestra nodriza os recoja sin duda ?

— Sí, señor.

— Y bien, ¿ cómo es, hija mía, que os encontráis aquí ?

— Porque la diligencia llegó tarde, según dijeron, de modo que todo el mundo estaba durmiendo en el arrabal ; entonces vi la barrera, pensé que habria campos cerca de allí, me puse á buscarlos, y encontré éste.

— ¿ De manera que estabais aquí esperando que amaneceiese para dirigiros á casa de la persona á quien vais recomendada ?

— Sí, señor, así es ; yo quería velar esperando el día ;

pero hace dos noches que no me he acostado; estaba cansada, me tendí en tierra á pesar mío, y en esta postura me quedé dormida.

— ¿No tenéis miedo, acostada así á la intemperie?

— ¿De quién queréis que tenga miedo? preguntó la niña con esa confianza ilimitada de los ciegos y de los niños; que no viendo nada, no saben temer nada.

— Pero, dijo Mr. Muller, admirado de sus respuestas, ¿no teméis al menos el frío y la humedad?

— ¡ Oh ! contestó ella, ¿por ventura los pájaros y las flores no duermen en los campos?

Tanta candidez en una niña de su edad, tanta gracia, tanta miseria, conmovieron profundamente el corazón de los dos amigos.

Era la Providencia misma quien había puesto allí está niña para consolar á Justino, y para mostrarle que bajo la bóveda estrellada de los cielos había criaturas aún más desheredadas que él.

No tuvieron necesidad de consultarse ni el uno ni el otro para decidirse sobre el partido que debían tomar; los dos ofrecieron á un mismo tiempo á la niña que la llevarían consigo.

Pero la niña rehusó.

— Gracias, señores, dijo; pero la carta que traigo no es para vosotros.

— No importa, observó Justino; venid con nosotros hasta mañana, y mañana á la hora que gustéis, hija mía, iréis á ver el hermano de vuestra nodriza.

Y al mismo tiempo el joven ofrecía su mano á la huérfana para ayudarla á salvar la zanja del camino.

Pero la niña rehusó de nuevo, y respondió mirando á la luna, este reloj de los pobres:

— Es cerca de medianoche; amanecerá dentro de tres horas, no vale la pena de que os molestéis por mí.

— Os aseguro que no nos molestáis, contestó Justino, con la mano siempre extendida hacia ella.

— Y después, añadió el protector, si pasase por aquí un destacamento de gendarmes os prendería.

— ¿Por qué habría de prenderme? replió la niña con esta lógica de la infancia, que embaraza algunas veces á los más hábiles jurisconsultos. ¡ Yo no he hecho mal á nadie!

— Oh prenderían, hija mía, dijo Justino, porque os tomarían por una de esas criaturas perversas y abandonadas que se llaman vagabundas, y á quien detienen por la noche. Venid pues.

Pero Justino no tenía necesidad de añadir: « Venid, pues. » Al oír la palabra *vagabundas*, la niña había saltado la zanja, y con las manos juntas, asustada, con voz suplicante decía á los dos amigos:

— ¡ Oh ! llevadme, señores, llevadme por piedad.

— Ciertamente, hija mía, que vamos á llevaros, dijo el buen profesor; no tengáis duda.

— Bien, bien, añadió Justino. ¡ Entonces, venid pronto! voy á conducirlos á casa de mi madre y hermana; las dos son buenas; harán que cenéis, y en seguida os acostarán. Quizá no habéis comido desde hace tiempo.

— No he comido desde esta mañana, dijo la huérfana,

— ¡ Oh ! ¡ pobre criatura ! exclamó con tanto horror como caridad el anciano profesor, que tenía arregladas matemáticamente sus cuatro comidas por día.

La niña equivocó el sentido de la exclamación, á la vez egoísta y compasiva del buen Muller; creyó que acu-